

SHERLOCK



LA TUMBA DE VICUÑA MACKENNA

A la fecha, yo aceptaba el gusto de faltar al colegio cada vez que me daba el antojo, viniendo a disfrutar de la mucha maravilla del cerro Santa Lucía, ofrecida para mi salago en cada uno de los 37 mil 407 metros cuadrados de su verde superficie vegetal, el prodigio creado por Vicuña Mackenna para el Dilectísimo de 1872. En sólo cuatro meses de labor constante, trabajando de día y de noche, Benjamín Vicuña realizó su embrujo. Lo comenzó el 5 de junio del 72, apenas con cuatro mil pesos para encarar los gastos y el sudado esfuerzo de los 60 reos que trajo de la cárcel como obreros meritorios. Lo terminó el 7 de septiembre, llevaba gastados 100 mil pesos —"vacados de la nada", según su propia expresión—, y 300 rotos pesos, dichos bajo su mandato, habían cubierto las rocas peladas del Huélen con 18 mil arrojadas de buena tierra de cultivo, re-

ACABAN DE noticiar que está en olvido y en peor maltrato la tumba de Benjamín Vicuña Mackenna. La sordidez del hecho irreverente me produce la nostalgia de mi propia gruta de la cimarra encantada, allá por el distante y perdido paraíso de la infancia. En mis días de niño, mocoso de pantalones cortos, todavía, con mucho gusto

ES LO QUE explica que se duela la grosera realidad de esta desidia. Benjamín Vicuña Mackenna está

enterrado en la cima del cerro, a 69 metros de altura sobre la calle, como corresponde a quien paternizó

LA PISTA DE LA NOTICIA

velando luego preciosas credenciales de jar dineros de alto rango para transformar en un hechizo la bosca economía del peñón. Así nació el Santa Lucía.

Yo lo conozco bien desde mi cimarra. Soy, pues, un viejo amigo de sus 24 estatuas, sus 11 pilas de agua, sus 9 copas de mármol, sus 112 jarrones de hierro, sus 63 bancos de madera, sus 30 escaños de piedra, sus 6 canchales de antigüallas y sus 140 faroles indiscretos. Por aquí y por allá, en la feliz onirama de los niños, jugué a ser Sandokán, o Tremal-Naik, o Sambigliong, o el portugués Yáñez, saltando de cualquier modo al abordaje de un auténtico asombro imaginado con todos mis Tigres de la Malasia. Después, cuando la adolescencia vino por el volcánico camino de las primeras espinitas, citándose con las también primeras ansiedades del amor, de nuevo fue el Santa Lucía la gloria y el refugio de mi primer romance. En uno de sus bancos de madera, al medio de un ingenuo corazón labrado a cortaplumas, está mi iniciada entrelazada con las de la linda personita que me entregó el misterio de la dulce vida la vez que me recibió de hombre, todavía sin pantalones largos.

de veras al Santa Lucía. Su tumba se encuentra en la placideta de la cumbre, donde también se yergue la

estatuas de mármol de uno de los suyos, monseñor Manuel Vicuña, primer arzobispo de Santiago. Más allá se muestra la Ermita, una iglesia de cantería, construida por Andrés Stainback, según los planos del arquitecto Hénault, un artista francés. Es un bello templo de sólo 35 metros cuadrados y 12 de alto, con estilo gótico y un altar de mármol. Allí yacen los restos de Vicuña Mackenna, acompañados por los de dos de sus hijos, Arturo, muerto en 1880, y Rosa, fallecida en 1887. La única imagen que decora la Ermita es una Santa Lucía, cuyo rostro, sin embargo, no corresponde al verdadero de la presencia sacrífica. La Santa Lucía del cerro mira con los ojos y las facciones de miñá Victoria Subercastuet, la esposa de Benjamín Vicuña. La Ermita es, pues, una marmón de amor por encima de toda otra condición presente.

Vicuña Mackenna nació el 25 de agosto de 1831, en la casa santiaguina que había pertenecido a los Carreras, en Agustinas N° 63, entre Morandé y Teatinos. Murió el lunes 25 de enero de 1888, a los 54 años y algunos meses de su admirable vida, en su predio rural de Colmo, acompañado por su esposa y por su hija Blanca. Habían terminado de almorzar hacía poco, y estudiando la cuenta Benjamín Vicuña ojaba manuscritos, con los papeles y la pluma al alcance de la mano para darse a su pasión de escribir. De improviso su cuerpo se estremeció y curvó, mientras miñá Victoria pronunciaba una pregunta que quedó sin respuesta.

—¿Qué tienes, hijo?

Vicuña Mackenna no le contestó. Agitó los papeles por última vez, como si fuese una bandera, el pendón de su lucha sin pausa. Luego se fue doblando hasta que su cabeza reposó en el amado regazo de doña Victoria. Así comenzó a morir, sin angustias ni remordimientos.

A mí, sin embargo, me angustia su tumba olvidada en el amor del cerro que él creó con su propio amor. Todo es amor dichoso en el Santa Lucía, tal como alguna vez lo cantó el poeta argentino Arturo Capdevila:

¡Oh, florero!

¡Oh, pájaro!

¡Dais cursos de amores en Santa Lucía!

La buena comprensión de ese curso de amores también impone la necesaria rectoría de cuidar y respetar la tumba del hombre que hizo posible el cerro. Ojalá, pues, que así suceda.

La tumba de Vicuña Mackenna [artículo] Sherlock.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sherlock

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La tumba de Vicuña Mackenna [artículo] Sherlock. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa